

**PALABRAS DEL DR. ALEJANDRO MONTALVO PEREZ
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DEL ESTADO DE MORELOS
EN LA CEREMONIA DE INAUGURACION DE LA
XXIII REUNION ORDINARIA DE LA ASAMBLEA GENERAL**

C. PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
DON CARLOS SALINAS DE GORTARI.

C. SECRETARIOS DE ESTADO.

C. GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE MORELOS.

C. PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DEL MUNICIPIO DE CUERNAVACA.

C. SECRETARIO DE ANUIES.

MAGNIFICOS RECTORES.

COMUNIDAD ACADEMICA.

SEÑORAS.

SEÑORES.

Todos estamos conscientes de que México ha entrado en una nueva etapa histórica cuyo signo dominante es la modernización, lo que significa un replanteamiento de todo el sistema educativo nacional y una reorganización de la enseñanza superior, para llegar a soluciones adecuadas en la problemática correspondiente a su planeación, implementación y evaluación.

Sin duda, en esta ocasión las variadas reflexiones que expresamos en torno al tema: “Consolidación y Desarrollo del Sistema Nacional de Educación Superior”, documento que será analizado y en su caso aprobado en esta XXIII Reunión Ordinaria de la Asamblea General de ANUIES que hoy nos agrupa, y que servirá para enriquecer los criterios que se conjugarán en pro de la modernización de las instituciones de la educación superior en congruencia con los requerimientos del país.

Es obvio que un esfuerzo concertado de esta naturaleza, reclama una comunicación respetuosa, franca y experimentada entre los agentes del quehacer educativo, a efecto de encontrar los modos y los medios que nos permitan llevar a cabo nuestra propia “Revolución Científica y Tecnológica”.

Afortunadamente las condiciones están dadas; contamos con la sana y decidida colaboración de las altas autoridades de la República, la fraternal cooperación del ejecutivo estatal, la simpatía de los ciudadanos presidentes municipales, el respeto de los partidos políticos y la intención de vincularse a nuestro esfuerzo de las diversas organizaciones empresariales. Además, la propia opinión pública se ha manifestado en esta dirección.

Bien podríamos afirmar que cuando las instituciones de educación superior triunfan, es porque se dieron las condiciones adecuadas para que su quehacer académico se nutriera con la razón y con la fe, que siguen siendo los pilares inmovibles de la civilización, cualquiera que sea la edad en que se manifiesten.

¿Se detendrá la razón humana en los confines abstractos de la ciencia y en las innovaciones tecnológicas aplicadas en la producción? ¡No!, seguramente que no. Empleará toda su fuerza para remodelar a las sociedades en la nueva edad que se avecina con el inicio del siglo XXI.

Largo tiempo habíamos esperado las instituciones de educación superior para salir del claustro y asumir las responsabilidades que nos reclaman los diversos sectores de la sociedad, para descifrar en el horizonte de nuestras posibilidades nuevas formas de integración, quitándole su perspectiva lejana y su abstracción e inmaterialidad.

Ahora que las instituciones de educación superior se miran a sí mismas y se escrutan con realismo y exactitud, nos damos cuenta del inmenso potencial que encierran, y que a partir de sus deberes pueden contribuir a la grandeza del desarrollo del país, reafirmando la filosofía como la ciencia del hombre y tornando sus aplicaciones en instrumentos de la verdad y la justicia.

Mentira que el materialismo no requiere de las definiciones de la filosofía o que pueda tener éxito olvidándose del humanismo.

Cuando se tiene plena conciencia de que el hombre es el fin, y no el medio de progreso material, todas las ciencias y las innovaciones tecnológicas se reconcilian en las consecuencias que generan, indicando la supremacía de los grandes procesos transformadores que hacen de las virtudes ciudadanas el signo de vida que corona la historia.

Y si las instituciones de educación superior admiten su responsabilidad y la fecundan con nuevos deberes, adquiere la juventud matriculada y egresada de sus aulas, por este simple hecho, una corresponsabilidad todavía más noble y más trascendente, porque al término de sus estudios se incorpora a esa legión de innovadores y precursores, ocupada en dar a México el honor que le corresponde en el concierto de naciones libres y soberanas, haciendo valer sus vocaciones y la calidad en el ejercicio de sus profesiones.

Desde hace muchos años, las universidades públicas hemos venido superando los retos engañosos que corrompen la libertad del hombre. A menudo hemos dejado a un lado errores y pasiones, anquilosamientos que atentan contra la excelencia académica; jamás las adversidades podrán usurpar el trono de la verdad y la sabiduría, ni robar las armas de la razón, para combatir sus objetivos y arruinar el prestigio que con tanto esfuerzo se ha conseguido.

La universidad moderna abre el campo de la investigación científica para encontrar la respuesta adecuada a nuestro desarrollo. La juventud mexicana debe conocer lo que no se puede ignorar ni desconocer, y agradecer a otros mexicanos que descubrieron o revivieron verdades, que sin objeción alguna respondieron a las exigencias de su tiempo. Hoy, cumple a las nuevas generaciones levantarse sobre su época, para ir al fondo de las dificultades nacionales y cambiarlas por acciones constructivas que hagan olvidar pasadas limitaciones.

Las dificultades presentes no pueden ser argumento que alimente el pesimismo, la abulia o la anarquía. Por el contrario, son el germen del progreso, porque reclaman constantes esfuerzos de participación colectiva, perfectamente ordenados y recompensados. Ciertamente, son abrumadores e infinitos los desafíos del futuro, pero su cuantía y tamaño no limitan la substancia que nos mueve en la dirección posible y conveniente. En otra forma, no podríamos explicarnos el avance conseguido hasta ahora.

No nos contentamos con los logros obtenidos, nos hemos fijado nuevos estándares de vida económicamente superior; sin embargo, lo económico no lo vemos con la obscura y fría cantidad del cálculo matemático, sino como factor coadyuvante del fomento de las ciencias, la investigación, la tecnología, las letras y las artes, que respeten la identidad nacional y todo aquello que define y orienta nuestro poder creativo.

La integración de México es un proceso de solidaridad de estirpe histórica, que en el momento actual constituye una urgente necesidad, y que en su promoción, las universidades tienen la elevada responsabilidad de crear los mecanismos necesarios para ese fin. El principio de autonomía universitaria no sólo no se opone a la interdependencia con otros sectores de la sociedad, sino que la enriquece al formar cuadros de profesionistas que se incorporan al proceso integracionista.

Las sociedades civilizadas conceden una prioridad esencial al financiamiento de la educación superior, que es la única inversión rentable que perdura a través de los siglos. Por eso, nosotros, representantes de esas instituciones de cultura superior, convencidos de las bondades de la formación profesional que se traduce en la elevación de la juventud en todas sus metas, no sentimos rubor en reclamar nuevos recursos, con más grandes apoyos y con destinos de uso cada vez más claros. Un empeño de esta naturaleza bien podemos calificarla como una gran proclamación en favor de México. No cejaremos, pues, en el empeño de encontrar, además, de nuevas fuentes alternativas de financiamiento que nos permitan seguir avanzando en esta dirección.

El dilema ahora es plantear una autorreforma de programas y contenidos orientándolos hacia la concientización de los futuros profesionistas en el contexto integracionista mexicano. Lo conveniente y lo de más alta prioridad, es elevar el nivel académico y científico, con un prestigio propósito de servicio a la sociedad y hacia los sectores de la producción.

En cierto modo, hemos venido arrastrando una falta de coordinación efectiva entre las instituciones de educación superior pública y el sector productivo. Esto es algo tan importante que merece un replanteamiento con el objeto de superar la distancia crónica existente, si es que queremos un mejoramiento real de los efectos humanísticos de nuestra economía.

Abrigamos la confianza de que, a corto y mediano plazo, todos los convenios de cooperación, de asistencia técnica y de intercambio de experiencias que realicemos, tengan un resultado efectivo con las organizaciones productivas más dinámicas del país y con todas las instancias del sector público, tal y como el que se suscribe esta mañana.

La autorreforma que estamos llevando a cabo en el área de la educación superior es un singular ejemplo de heterogeneidad, independencia y convergencia, producto de la necesidad de ampliar la participación de las instituciones de educación superior mediante un proceso de evaluación permanente y propio que determina su enlace con el desarrollo nacional.

Consideramos la autorreforma universitaria como benéfica a la nación y como algo perfectamente congruente con la modernización del país. Cuando hablamos del objeto y naturaleza de la educación superior, no nos estamos refiriendo a verdades inmutables sino a prácticas y experiencias que nos unen cada vez más.

Deseo, señores, expresar a ustedes, a nombre de la comunidad de la Universidad Autónoma de Morelos y de sus egresados, la fraternal bienvenida que nos merecen, bienvenida que rubricamos con argumentos y la representación completa a su contenido, desde la gravedad del compromiso académico, hasta su fulgurante obligación en las abruptas cuestiones del cambio social; estamos obligadas todas las instituciones de educación superior a montar una enorme ofensiva contra la marginalización que obscurece a muchos de nuestros compatriotas. Dirigiendo las ciencias humanas por encima de las controversias y con pleno convencimiento de que no sólo es posible la grandeza de México, sino que, además, es un imperativo de cumplimiento obligatorio para todos.

Nada es más fácil que el uso de la palabra cuando ella significa “destino”, “oportunidad” y “sentimiento”. Pero nada es más difícil cuando significa “compromiso”, y se transforma en centro de acción, en calidad y generación de responsabilidades y deberes...

Las instituciones de educación superior pública optamos por el “compromiso”, que tiene el honor de adoptar formas solidarias de profunda esencia universitaria y que se compendian en el ejercicio de la libertad académica, asociada al magno y articulado movimiento que consolide su excelencia.

Antes de abandonar esta tribuna, evoco el lema de nuestra máxima casa de estudios:

¡POR UNA HUMANIDAD CULTA!